

HERNÁN BRIENZA

**EN  
CONTRA  
DEL  
BIEN**

Adiós a la  
teoría de los  
dos demonios

**HERNÁN BRIENZA**

# **EN CONTRA DEL BIEN**

**¿Por qué las masacres las hacen los buenos?**

**Un adiós a la teoría de los dos demonios**

## Capítulo 1

### Una historia del Mal

«¿Es usted un demonio? Soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios».

GILBERT K. CHESTERTON,  
*La inocencia del Padre Brown*

«¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?», le preguntó Caín a Dios después de haber asesinado a su hermano. Y esa pregunta resume la tragedia de la humanidad. Recopilemos. Estamos en un bosque, el cuerpo de Abel, el hijo menor de Adán y Eva, yace ensangrentado boca abajo, con el cráneo abierto por el golpe con una quijada que su hermano mayor le dio. Imaginemos que Caín está cabizbajo y se debate entre la culpa y esa sensación de omnipotencia que da matar al Otro. Dios lo interpela y le pregunta: «¿Dónde está tu hermano Abel?». Entonces, Caín da esa feroz respuesta que condenó a los hombres

a no hacerse responsables por el Otro: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?».

Pero la magnífica escena también sentenció a Caín —no es vana la sonoridad del nombre asesino— a vagar errante por el exilio de la cultura occidental. Durante siglos y siglos, los valores hegemónicos impuestos por la tradición judeocristiana condenaron al asesino a los márgenes de la historia, de la literatura y del arte. Caín es un símbolo, un arquetipo, un emblema del Mal entre los hombres. La importancia aleccionadora de su castigo se muestra en el hecho de que Dios dejó su marca en la frente del asesino.

José Saramago, con 87 años, tuvo un gesto misericordioso con Caín. En el libro que lleva por título el nombre del fratricida,<sup>9</sup> el Premio Nobel decidió tratarlo de tú a tú a Dios, e interpelarlo, ponerlo frente a sus propias miserias. Y no se trata de un libro escrito por un ateo. Porque mal que le pesara al propio Saramago es la obra, como mucho, de un devoto sin Yahveh. Y ese último libro es una nueva demostración de ello: la operación cultural del autor de *El evangelio según Jesucristo* no está dirigida a derrocar a Dios como principio y fin del universo, sino a desplazarlo por un punto central con otra racionalidad. Saramago busca reemplazar un principio por otro principio, como quien saca un clavo con otro.

---

9. Saramago, José. *Caín*, Alfaguara. Buenos Aires, 2012.

El viaje de Caín por las tierras de Nod, al este del Edén —imposible no hacer referencia al libro de John Steinbeck (y el filme de Elia Kazan protagonizado por James Dean) en el que Samuel Hamilton, Adam Track y Lee se enfrascan en una larga discusión teológica sobre Caín y Abel—, se trata, en realidad, de un recorrido turístico por las maldades de Jehová hasta el diluvio universal. Y el libro es exactamente subversivo porque cuestiona la lógica caprichosa y arbitraria del Señor, fundamento último de la soberanía monárquica, pero propone una serie de premisas diferentes. Saramago hace más piadoso y misericordioso a Caín que al propio Dios.

Desde las primeras páginas, Saramago-Caín cuestiona las maldades de Yahveh en relación con su crimen: el culpable es Dios, quien no tuvo misericordia y prefirió a Abel y despreció a Caín. Pero, además, Saramago-Caín impide que Abraham realice el sacrificio de su hijo Isaac para contentar al Señor y demostrar su fe, y que presencia impávido sus atrocidades. Así describe cómo son destruidas Sodoma y Gomorra, cómo son asesinados por la ira divina los niños inocentes, cómo cae violentamente Jericó y son masacrados sus habitantes o protesta por las torturas que sufre el pío Job, mientras Dios y el Diablo se lo juegan a los dados; estas son, entre otras, algunas de las brutalidades que comete Yahveh. Saramago-Caín concluye contrariando la voluntad de ese Dios caprichoso y cruel, que hace añicos el nacimiento de una nueva humanidad. En una transmutación, el asesino-símbolo termina convirtiéndose

en un asesino total, pero en una suerte de vengador de los desastres de Dios.

«Hubo una humanidad, no habrá otra y nadie la echará de menos», sentencia Saramago-Caín en un grito decadentista que habla más del final de la propia existencia del autor que de las condiciones materiales de la humanidad en sí misma. La visión de Saramago se entronca así en esa larga tradición literaria que reconstruye la historia de Caín. Desde la Torah, que imprimió la historia oral y fue «publicitada» por el Antiguo Testamento cristiano y reelaborada por el Corán hasta hoy, cientos de escritores pusieron su marca sobre Caín. Desde el ortodoxo Dante Alighieri (1265-1321) que en el canto XXXII de su *Comedia* usó su nombre para bautizar como Caína a una de las cuatro regiones del Cocito, el río congelado del círculo noveno que atormenta con su implacable gelidez a quienes traicionaron a sus familiares, hasta Francisco de Quevedo (1580-1645), quien le escribe y lo sentencia: «Temblando vives, y el temblor advierte / que, aunque merece muerte por tirano, / que tiene en despreciarte honra la muerte. / La quijada de fiera, que entre mano / sangre inocente de tu padre vierte, / la tuya chupará sobre tu hermano».

Una de las primeras reivindicaciones del personaje bíblico la realizó, ya entrado el siglo XIX, Lord Byron (1788-1824) con su obra dramática *Caín*, donde identifica a la humanidad con él. Perla del romanticismo, su trabajo indaga sobre las profundidades del Mal en el hombre y significa el inicio en el camino de la comprensión del

asesino de su hermano. Pero quien mejor profundizó en el mito del fratricida fue el español Miguel de Unamuno (1864-1936) en su novela *Abel Sánchez*, escrita casi un siglo después, en 1917. En esta reinterpretación, Joaquín Monegro (el Caín de Unamuno) confiesa el asesinato de su amigo Abel y en el centro del drama se encuentra el sentimiento fatal: la envidia. Si bien hay que recordar que Caín mató a su hermano por la envidia que le despertó el hecho de que Dios hubiera preferido el sacrificio de Abel, es en la obra de Unamuno donde ese pecado está llevado al paroxismo y donde logra que, por momentos, el lector comprenda y hasta se solidarice con el asesino. En un pasaje, Joaquín dice desesperado:

La envidia no puede ser entre personas que no se conocen apenas. No se envidia al de otras tierras ni al de otros tiempos. No se envidia al forastero, sino los del mismo pueblo entre sí; no al de más edad, al de otra generación, sino al contemporáneo, al camarada. Y la mayor envidia, entre hermanos. Por algo es la leyenda de Caín y Abel... Los celos más terribles, tenlo por seguro, han de ser los de uno que cree que su hermano pone ojos en su mujer, en la cuñada... Y entre padres e hijos.

Los españoles han cultivado una larga tradición «caínica». Tras Unamuno, Manuel Vicent escribió la novela *Balada de Caín*; el poema de Blas de Otero «Me llamarán, nos llamará a todos» reconoce en Abel a todos los perseguidos políticos, así como Luis Cernuda en «Un español

habla de su tierra» acusa de «caínes sempiternos» a los fascistas que le arrancaron todo y lo condenaron al exilio, ambos poemas musicalizados por Paco Ibáñez y en ambos presente la leyenda.

Y si de poemas se trata, Jorge Luis Borges en este fragmento «Génesis, IV, 8» lo presenta: «Hubo por vez primera la muerte. / Ya no recuerdo si fui Abel o Caín». <sup>10</sup>

Escueto y melancólico, el olvido borra las huellas del crimen. Solo se sabe que hubo un muerto. Las culpas se funden en la falta de memoria. Es la humanidad que no es Abel ni es Caín, o se alternan en ser uno u otro hasta el fin de los tiempos.

Pero, volviendo a Saramago, desde ese punto de partida, reconstruye su Caín. Pero, a diferencia de Borges, él sí sabe quién es el asesino, quién es el Mal Absoluto. No son ni Abel ni Caín. Es el mismo Dios. Y, como un dios adolescente, Saramago decide enfrentarlo y cantarle sus cuarenta verdades.

---

10. Borges, Jorge Luis. *La rosa profunda*. Emecé, Buenos Aires, 1975.